

Ocho pintores aragoneses

Puesto que en su 250 aniversario se repiten los homenajes a Francisco de Goya —y estamos ante uno más—, otra vez se impone reflexionar acerca de los motivos, el provecho o la eficacia de estas celebraciones. Que en algunos casos pudieran ser sólo ocasionales. Parece que aquí, sin embargo, su propio nombre impulsa y hasta casi exige a la galería algún tipo de recuerdo que responda a la advocación. Por otra parte repetiré que los pintores, sobre todo los que sienten alguna resonancia del maestro, tienen más justificada que nadie su presencia conmemorativa. De modo que no sorprende la muestra. En la que participan ocho aragoneses unidos por lazos históricos, de tiempo cercano. Se trata de los miembros que integraron el Azuda-40, aunque, con un fenómeno curioso en su contexto, prefieran que no figure el nombre del grupo. Algo así como exponer juntos, pero no revueltos. O plantearse conscientemente de que la idea del Azuda servía para entonces, mientras que hoy apenas interesa invocarla, por lo menos para presentarse al público en acontecimientos de este tipo. Cada uno sabe sus cosas.

Cualquier mención individual ha de ser breve, dado el número y el espacio disponible. Pero conviene hacerla para la oportuna constatación de cómo se entiende la propuesta. Véase, casi como paradigma teórico, la postura de José Luis Cano que llama «Sastres de la Guerra» (sic), como la serie grabada, a unos inteligentes «l'après» cuyo desarrollo prueba agudo conocimiento de estilos famosos, de maneras conocidas. Pedro Giralt, en cambio, prefiere el aspecto crí-

tico de la iconografía, que no repite, sino traduce, a sus penetrantes imágenes impositivas, como resonancia del carácter que inspiró las escenas de la «Óptica del Cortejo». Natalio Bayo, muy ágil al describir, se acerca en distintas proporciones al origen, más en los caballos a modo de cabeza de perro, pero siempre por el dibujo neto, con el que da cuenta simultánea de «Los Caprichos» en el Museo Pablo Serrano. También José Luis Lasala ahude al perro goyesco y reflexiona sobre el semihundido, con las tablillas oblicuas, dinámicas, que organizan zonas sobre la base de color intenso con tendencia monocromática, cerca de lo que expuso en la Lonja.

Acaso los demás no postulen tales citas goyescas. Sólo el espíritu, el talante pictórico, establece contacto en las obras de José Ignacio Baqué al que veremos pronto en una cumplida antológica de la que ahora ofrece al anticipo. Por su motivo se aproxima al modelo la «Maja oriental», de Antonio Fortín, aunque el tratamiento corresponda a las mismas conclusiones cubistas que el de los limpios y exactos bodegones, con tonos planos. Vicente Dolader arranca de la geometría, como es sabido, y ahora llega al paisaje en una estricta, curiosa y atractiva trayectoria, incluso con adendas de materia o relieve. Resta, por último, en el orden y no en la calidad, desde luego, el impacto de las piezas que aporta Pascual Blanco, cuya sentida modernidad busca la síntesis de hoy con sus etapas anteriores, como en el motivo de las bandas degradadas. Sigue en pie su dominio de la figura. —A. A.—